

VIAJES LITERARIOS

Por MANUEL IRIBARREN

I

La Mancha se nos ha puesto literariamente de moda a raíz de las memorables jornadas que un grupo de escritores hemos vivido en el antiguo Campo Espartero. Siendo la Mancha la región española de mayor renombre universal por obra y gracia del nacimiento y aventuras de aquel espejo de hidalgos que se llamó Don Quijote, acaso sea la menos conocida y visitada. Y la paradoja se da y se mantiene a mala cuenta del prejuicio heredado, de la presunta aridez y monotonía de la tierra, llana y sin árboles, de las carreteras deficientes e incómodas y del polvo. De un polvo real, efectivo, denso y sutil a la vez, que se adhiere a los cristales del autocar, y penetra en el interior de los calcetines, y reseca la boca, y se hace pasta en el paladar. De un polvo no sé si asolador o fecundante, dormido y suspendido en el horizonte como una gasa aurífera, que trastorna la imaginación y sigue convirtiendo los rebaños de ovejas en cabalgada de ejércitos imponentes.

Estas jornadas literarias por los caminos y los poblados manchegos, sabiamente dispuestas en sus detalles e itinerario, bien comidas y mejor bebidas, nos han permitido conocer las dilatadas perspectivas de esta tierra alucinante, saborear sus frutos y sus caldos, trabar amistad con sus gentes sencillas y hospitalarias, traspasar los umbrales de sus acogedores recintos, que trascienden a rancia nobleza, oír sus músicas y las suaves modulaciones de su léxico antiguo, admirar su rico folklore, compartir sus inquietudes y sus problemas económicos...

Con vinculaciones espirituales y contactos directos, siquiera hayan sido breves, aunque, si juzgo por mí, muy eficaces, con las cuatro columnas más firmes y sólidas quizás de nuestro clasicismo —Cervantes, Quevedo, Santa Teresa y Calderón— en una serie de homenajes, modelo de sobriedad y elegancia de que



Gregorio Prieto: La Mancha en verano.

es autor, ¡y ojalá que tenga muchos imitadores!, mi ilustre paisano José María del Moral, un magnífico e incomparable cicerone cuyo justo y mejor elogio como hombre de buen gobierno lo hizo Sintes en la inauguración de la biblioteca pública de Almagro.

No faltó la oportuna evocación, a manteles servidos, del hondo y malogrado poeta de la Mancha, Juan Alcaide, ni la lección de historia ejemplar escuchada y reaprendida en los frescos del palacio del Marqués de Santa Cruz, nuestro primer gran Almirante, y ante la precaria simplicidad de su sepulcro, una urna sencilla, demasiado sencilla, empotrada en el muro de la iglesia.

Premeditadamente he dejado transcurrir los días para que las sensaciones experimentadas en este viaje se me sedimentasen, limpias de polvo secular y a resguardo del sol —de un sol bajo, desnudo, implacable— que martillaba nuestras seseras.

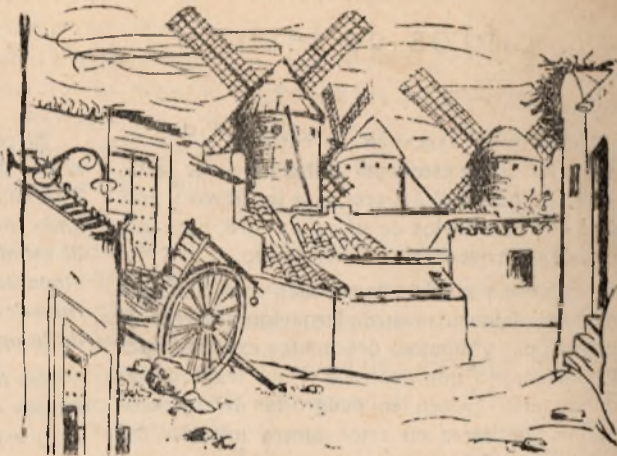
Quédense para la crónica o el reportaje impresionista el pormenor anecdótico y los incidentes del horario. El artículo, que exige cierta perspectiva, se nutre principalmente de quintaesencias. Por otra parte yo sospecho que al curioso lector le interesará más conocer la Mancha a través de los escritores que la hemos visitado que no a los escritores —poco o nada célebres la mayoría— a través de la Mancha con ocasión de este peregrino viaje.

A la vista del sugestivo escenario en que el más valeroso y esforzado de los caballeros andantes realizó muchas de sus portentosas hazañas —rutas, no cervantinas sino quijotescas— hay quien pretende reconstruirlas con precisión de tiempo y de lugar.

Empeño baldío a mi parecer, ya que Cervantes, aún inspirándose sin duda en la realidad, se preocupó de imprimir carácter anónimo o de trasplante cuando menos a su inmortal relato para evitarse disgustos y no herir susceptibilidades. Aquel no querer acordarse del nombre del lugar de la Mancha en que su héroe vivía y él sitúa el comienzo de su acción, equivale, si bien se mira, a esa advertencia que leemos en el pórtico de las novelas de ahora sobre la naturaleza imaginaria de los personajes y a aquello otro de que «cualquier semejanza con otros de la vida real será mera coincidencia».

LA MANCHA Y SU PAISAJE

La plenitud de la altiplanicie manchega con sus suaves ondulaciones y su majestuosa inmensidad se percibe y domina desde el cerro o alcor o simulacro de sierra que coronan los molinos de viento del famoso Campo de Criptana —¡que



Gregorio Prieto: Molinos manchegos.

delgado, puro y acariciador el aire allí!— y también desde el maravilloso y estratégico mirador en que, protegido del cierzo en la verde hornacina del monte, se recta el Santuario de la Virgen de la Sierra. Lejos, los ojos del Guadiana cabrillean al sol, y más lejos, la llanura multiplica su reducida gama de colores en la más rica variedad de tonos y matices.

Porque aquí todo lo amasan en luz y horizonte el azul del cielo, el rojo de la tierra, el verde pomposo y fresco de las viñas, el otro verde aterciopelado de los olivares, y el blanco impoluto de las casas enjalbegadas y de los pueblos limpios y repulidos.

Y con todo ello rima a la perfección ese olor a monte bajo —tomillo, romero y mejorana en silvestre armonía— que penetra los sentidos hasta embriagarlos. Y el oasis de la plaza de Argamasilla de Alba bajo cuyos gigantes y copudos árboles la sombra propicia es un regalo para la piel sudorosa. Y la jota y el fandango regionales que unas garridas mozuelas, luciendo sus típicos y abigarrados atavíos, trenzan o destrenzan en pausadas evoluciones, coreadas por un viejo guitarrista con busto de tipo racial y sorna de viejo de plazuela. Y el enjambre de chicos endomingados que nos circundó, rubios, con ojos azules y espléndidos dientes la mayoría, sanotes y guapos como productos eugenésicos —son así porque son godos, me dice alguien seriamente al oído—. Y el bullicioso revolotear de los vencejos al atardecer sobre rincones de escenografía, como para ilustrar un libro de cuentos infantiles. Y esta «zurra» manchega, tan grata al paladar, que nos refresca el gástrico y reconforta el ánimo.

Nada más sorprendente en la monotonía de líneas y planos de este paisaje horizontal que el súbito encuentro, al doblar la esquina como quien dice, con las lagunas de Ruidera y su teoría de los verdes absolutos en radiante y continuo desarrollo. La poesía nos habla aquí de princesas «hijas de los Reyes de España» encantadas por las malas artes de Merlín. La Geología, de depresiones circulares con